


REYES DE AVALIER · LIBRO UNO

The background of the cover is a close-up of a dragon's head, showing its scales and a crown with several sharp, pointed spikes. The crown is dark and metallic, with three prominent blue gemstones set into it. The dragon's head is surrounded by vibrant blue flames that appear to be breathing or emanating from the dragon. The overall color palette is dark, with shades of black, grey, and blue, accented by the bright blue of the fire and the gemstones.

EL
ÚLTIMO
REY
DRAGÓN
LEIA STONE

CROSS
BOOKS

REYES DE AVALIER · LIBRO UNO

EL
ÚLTIMO
REY
DRAGÓN
LEIA STONE

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2024
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Last Dragon King*
© del texto: Leia Stone
Publicado por acuerdo con Bookcase Literary Agency

© de la traducción: María Cárcamo, 2024
© Editorial Planeta S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2024
ISBN: 978-84-08-28354-6
Depósito legal: B. 896-2024
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Me cargué la presa al hombro y gruñí al sentir su peso. Era un pumarino macho adulto, mi caza más grande hasta la fecha. Habría carne suficiente para alimentar a mi madre y a mi hermana pequeña durante al menos dos lunas y, además, nos daría algo que vender en el mercado. Aún quedaba para que llegara el invierno, pero quería conseguir pelajes nuevos para mi madre y Adaline.

Acechar a la bestia la última semana había dado sus frutos, y no podía evitar la sonrisa que me levantaba las comisuras de la boca mientras caminaba a mi pueblo natal, Cinder Village.

Al estar a los pies de Cinder Mountain, y a causa de las minas de carbón de su interior, el fino polvo de la montaña lo cubría todo en el pueblo; y hoy no era una excepción. Las rocas esparcidas por el pueblo estaban escondidas bajo una densa capa de ceniza, al igual que las punteras de mis botas de caza. Yo ya casi ni me daba cuenta; al final te terminas acostumbrando. La teníamos en las orejas, la nariz, los dientes y otros sitios de los que no se puede hablar.

En Jade City, la capital de Embergate, a los residentes de Cinder Village se nos distinguía a un kilómetro. Soltábamos

polvo con cada paso y estábamos tremendamente orgullosos de ello. La gente de Cinder Village éramos personas muy trabajadoras, no nos pasábamos el día con el culo plantado.

—¡Una buena presa, Arwen! —gritó Nathaniel desde su puesto en la torre de guardia a la entrada de Cinder Village. Nathaniel era uno de los chicos más guapos de la aldea, con el pelo rubio ceniza, ojos color avellana y la mandíbula afilada... Tan solo con mirarlo se me calentó el estómago.

Le devolví una sonrisa bobalicona.

—¿Te vienes a cenar luego? Que vengan también tus padres.

Él asintió con los labios apretados.

—Me encantaría.

Habían pasado veinte inviernos desde la Gran Hambruna, pero mis padres recordaban aquella época y nos enseñaron desde jóvenes a cazar y a cultivar comida y a despellejar y preparar una presa. Normalmente eran los hombres quienes cazaban y las mujeres las que cultivaban, pero, al morir mi padre, yo no disfruté de ese lujo. También nos enseñaron a ser amables y dar de comer cuando te sobra. Eran tiempos de abundancia y este pumarino era mucho más de lo que necesitábamos.

El peso del animal comenzaba a causarme un dolor agudo entre los hombros y su sangre se me derramaba por la camiseta desde la herida de flecha de su cuello. Estaba deseando dárselo a mi madre y asearme.

Pasé por los puestos del mercado asintiendo a los hombres y mujeres que estaban allí trabajando y asombrada por las preciosas guirnaldas florales que se habían colgado por todo el pueblo con motivo del Día de Mayo. Temía no llegar a tiempo para el ansiado Festival del Amor. Pero había cazado a mi presa justo a tiempo y, si me lavaba rápido, puede que incluso llegara a la carpa de los besos.

Aceleré el paso y doblé la esquina hacia la hilera en la que estaba la cabaña de mi madre. Éramos una familia sencilla con una vida sencilla. Cabañas de paja, agua fresca del río, campos de patatas y minas de carbón: eso era Cinder Village. La ceniza de la mina de carbón hacía que el terreno fuera muy fértil, así que se nos conocía por nuestras patatas y tubérculos dulces gigantes.

Una vez visité nuestra capital, Jade City, cuando tenía quince inviernos, y estuve con la boca abierta los tres días que duró el viaje. Era la ciudad más bonita de todo Embergate, de ahí que nuestro rey viviera allí, al igual que todos los reyes anteriores a él. Jade City tenía una opulencia y un esplendor que, si no los hubiera visto con mis propios ojos, no los habría creído. Más jade, oro y rubí de los que yo había visto en mi vida. Las carreteras eran de ladrillo, los edificios de piedra blanca y la ciudad se iluminaba cada noche como una joya. Fluía el hidromiel, los puestos de comida estaban hasta arriba y las calles estaban llenas de dragontinos.

Yo no había estado con tantos dragontinos tan poderosos en mi vida, pero Jade City estaba repleta de ellos. Los dragontinos estaban conectados con su rey, Drae Valdren. Él les daba poder a través de sí mismo, por lo que tenía sentido que quisieran vivir cerca. Los dragontinos con magia suficiente tenían el poder de curar, de escupir fuego, y eran extremadamente fuertes. Pero adoptar por completo la forma de dragón era algo reservado únicamente para el rey; el dragontino más poderoso que ha vivido jamás.

Aquí, en Cinder Village, éramos una especie de anomalía. Técnicamente estábamos en territorio de Embergate y nos gobernaba el rey dragón, pero éramos, por lo general, un grupo mixto. Humanos, dragontinos, elfos, feéricos... e incluso unos cuantos lobos callejeros terminaron aquí. Generalmente, a cualquiera que fuera de raza mixta o que tuviera

magia diluida la echaban de su territorio y terminaba aquí, lo cual la convertía en una suerte de colonia. Una sociedad mixta.

Mi madre era completamente humana. Sus padres huyeron de Nightfall cuando ella era pequeña, y mi padre era una mezcla de humano y una décima parte dragontino. No era suficiente para tener un poder chulo, pero era capaz de levantar rocas muy grandes en las minas y nos dio una buena vida a mi madre y a mí, hasta que murió cuando yo tenía nueve inviernos...

—¡Bendito sea el Creador! ¡Menuda presa! —gritó mi madre desde el quicio de la puerta de nuestra cabaña, y me sacó de los pensamientos sobre mi padre. Me dolían todos los músculos del cuerpo. Estaba cansada, apestaba y estaba cubierta de sangre, pero ver a mi madre tan contenta me sacó una sonrisa tontorróna.

—Vamos a tener que quitarle la cintura a mis pantalones para la semana que viene —bromeé.

Mi hermana pequeña, Adaline, asomó la cabeza por la puerta y se le pusieron los ojos como platos.

—¡Estofado de pumarino para cenar! —gritó de alegría.

Eso me sacó una carcajada. Las patatas asadas y las verduras saciaban, pero no había nada como el estofado de pumarino de mamá.

Entré en casa, arrastré los pies por el suelo recién barrido y crucé la cocina hasta el porche trasero. Madre ya había preparado la tabla y los cuchillos. Sabía que no volvería a casa con las manos vacías, y su fe en mí me enorgullecía.

Después de soltar al animal sobre la mesa, gruñí girando el cuello.

—Lo has hecho muy bien, Arwen. —Mi madre me acarició el pelo y arrugó la nariz—. Pero hueles a muerto.

Adaline soltó una carcajada profunda y yo di un brinco y salí corriendo detrás de ella con los brazos abiertos como un

chupasangre del Necromere. Ella dio un auténtico grito de terror, y ahora me tocó a mí soltar una carcajada.

—Oye, no asustes a tu hermana. Ve a lavarte, ¡es el Día de Mayo! —me regañó mi madre.

El Día de Mayo.

Suspiré. Todas las chicas y chicos solteros con edad de casamiento saldrían a la plaza del pueblo con los ojos tapados y empezarían a caminar los unos hacia los otros. A quien tocaras primero, lo besabas.

Era una tradición muy antigua de Cinder Village y, por muy aterradora que sonara, también era emocionante. La leyenda rezaba que te casarías con el primero al que besaras en el Día de Mayo. Con dieciocho inviernos, este sería mi primer Día de Mayo. El año anterior ya podía haber participado, pero estuve enferma como un perro por comer unas bayas en mal estado, así que no pude ir.

Me toqué los labios mientras me preguntaba si Nathaniel me besaría. No podías hacer trampa, pero algunos de los chicos se bajaban un poco la venda para ir hacia la chica a la que querían besar.

Yo quería a Nathaniel.

Entré en el dormitorio que compartía con Adaline y cogí una túnica y unos pantalones limpios. Hacía mucho que mi madre había dejado de intentar que usara faldas y vestidos. Cuando mi padre murió hace nueve inviernos, tuve que convertirme en la cazadora de la familia, y cazar con un vestido es completamente absurdo.

Adaline estaba escondida debajo de las pieles de su cama, seguramente temiendo que la manchara con sangre de pumarrino. Me acerqué a ella y me quedé acechándola. Al cabo de un rato, pensando que me había ido, salió despacio de entre las mantas, pero, cuando me vio, volvió a gritar y se escondió de nuevo debajo de las pieles. Solté una carcajada de satisfacción.

—¡Arwen! —gritó mi madre.

—¡Vale! —gruñí, y la risa fue muriendo en mi garganta.

A veces solo me apetecía hacer el tonto con mi hermana pequeña, pero mi posición en la familia me había obligado a madurar antes de lo que me hubiera gustado si hubiese podido elegir. Teníamos un techo bajo el que dormir y los estómagos llenos, así que no podía quejarme.

—¡Por cierto! —le grité a mi madre mientras iba hacia las termas públicas—. He invitado a Nathaniel a cenar —dije como si nada.

Una invitación a cenar el Día de Mayo no era moco de pavo.

Las comisuras de la boca de mi madre se levantaron en una sonrisa conspiradora.

—¡Por ser amable! Para compartir la caza —le dije con las mejillas cada vez más calientes. Tras una buena caza, era habitual invitar a alguien al festín. Daba incluso buena suerte. Ella lo sabía. Pero el Día de Mayo también se solía invitar a cenar a posibles pretendientes para que las familias se conocieran y se empezase a tantear la idea de una posible boda.

—Claro, corazón —dijo con un tono dulce, y yo fruncí el ceño. Tenía dieciocho inviernos; era de esperar que eligiera pronto a un marido. Nathaniel era una buena opción. Tenía un trabajo importante en la aldea y era de los pocos chicos que no parecían sentirse amenazados porque yo saliera a cazar con los demás hombres de la aldea. Incluso cuando me casara tendría que seguir manteniendo a Adaline y a mi madre. Él lo entendía.

Me borré la sonrisa de mi madre de la cabeza y me encaminé al callejón entre la botica del señor Korban y la pastelería de la señora Holina, y entré en la terma de Naomie.

—¡Pero muchacha! —Naomie se tapó la nariz en cuanto puse un pie dentro—. ¡Hueles a ratino muerto! ¡Vas a tener

que usar una bañera privada con un extra de aceite de sándalo!

Yo sonreí.

Naomie era como la abuela del pueblo, con una lengua viperina. Nos cuidaba a todos y nos golpeaba con la verdad sin importar cuánto pudiera doler. Para los lavados diarios usaba el cubo de agua caliente de nuestra cabaña, pero para lavarme después de una caza necesitaba la bañera y la estea-tita de Naomie.

La seguí hasta el aseo de mujeres, pasando por las bañeras colectivas, y saludé a las mujeres a las que conocía. La señora Beezle y la señora Haney estaban cautivadas por los cotilleos del pueblo. Escuché brevemente que Bardic tenía que beber menos y que la señora Namal tenía que ocuparse de su marido para que no se le fueran los ojos. El agua de su bañera estaba negra por el hollín.

Cuando Naomie entró en una de las salas privadas, acordonada por un muro de paja, coloqué mi ropa limpia en el taburete que había junto a la pequeña bañera individual. El hollín y el polvo eran aceptables en una bañera comunitaria, pero la sangre y las tripas de la caza no estaban permitidas.

Naomie tenía al menos sesenta inviernos y los dedos torcidos por la enfermedad invernal de los huesos. Con su pelo plateado recogido en un moño apretado en lo alto de la cabeza, giró la llave y el agua empezó a manar del grifo y llenar la bañera mientras el vapor alcanzaba el techo. Naomie era una de las pocas personas con agua corriente en el pueblo. Su tienda estaba colocada justo encima de una fuente termal natural. Su tatarabuelo había sido trabajador del metal, así que soldó las tuberías y lo construyó todo para que el agua subiera desde el suelo. Su familia había sido propietaria de las termas desde que todo el mundo podía recordar.

—He tenido que subir los precios —dijo Naomie, mirándome con un poco de lástima—. A causa de la guerra que ha empezado la reina de Nightfall en la frontera, me está costando conseguir las esteatitas y los aceites perfumados de los elfos de Arcondiel.

Yo asentí.

—¿Cuánto es?

—Dos monedas de jade o un trueque aceptable —respondió.

¿Dos monedas de jade? Antes era una. Había oído algo sobre los problemas que estaba causando la reina de Nightfall con los envíos a Embergate, pero no le había dado más vueltas. A aquella malvada mujer le encantaba iniciar guerras.

Asentí.

—Puedo darte las monedas de jade o acabo de cazar un pumarino macho adulto: puedes ir a hablar con mi madre cuando cierres para elegir la mejor parte.

Se le iluminaron los ojos.

—Aceptaré entonces la carne, muchas gracias —dijo, y yo volví a asentir mientras ella salía de la sala.

El pumarino tenía un sabor fuerte pero delicioso, con muy poca grasa y cartílago. La carne de cervino era la otra que más gustaba, así que sabía que podría negociar muy bien con esta caza. Quizás pudiera comprarle a madre un vestido bonito para el festival del cambio de estaciones en otoño.

Me quité la ropa, la dejé caer en un montón polvoriento y ensangrentado a mis pies, y luego entré al agua. Se me escapó un gruñido de pura alegría y alivio, y algunas de las mujeres al otro lado del biombo de paja se rieron disimuladamente. A mí me dio igual. Estaba demasiado a gusto. Al meterme aún más en el agua, sentí que algunas zonas de la espalda me

escocían. En algún momento de la caza, me había tropezado y me había golpeado con una roca en la espalda. Seguramente tuviera un par de arañazos.

El agua seguía saliendo del grifo mientras yo soñaba despierta con tener agua corriente caliente en nuestra cabaña. Me daría baños todas las noches. Lavaría la ropa con agua caliente, y los platos y, solo por diversión, metería la cara en agua caliente todas las mañanas para despertarme.

Suspiré de alegría.

—¡Entro! —anunció Naomie antes de entrar en la pequeña sala.

No me molesté en cubrirme. Naomie me había visto desnuda cientos de veces. Había estado yendo allí con mi madre desde que era un bebé. Además, ella no miraba; era una profesional. Vertió un chorro de aceite en el agua y el fuerte olor a sándalo me golpeó.

Otro suspiro.

Cinder Mountain era conocido por sus arboledas de sándalo, por lo que aquí abundaba el aceite y su aroma me recordaba a mi hogar.

Una esteatita cayó al agua y se deslizó por mi espalda, pero la ignoré. Ya me enjabonaría; ahora solo quería quedarme en remojo. Todos los músculos de mi cuerpo estaban gritando de alegría.

—¿Te has hecho algún corte? —preguntó.

Naomie atendía a los hombres cuando volvían de una caza, así que sabía qué encontrar en los cuerpos después de una salida así.

Asentí y me incorporé para enseñarle la espalda.

Ella silbó bajito.

—El más grande parece que se ha infectado. Voy a por el aceite de margosa para echarle un poco al agua. La carne de pumarino me sigue valiendo.

La margosa era cara, así que fue un detalle por su parte no cobrarme un extra o pedirme más carne.

Desapareció, volvió con la margosa y la echó también al agua del baño. Luego metió la mano y cogió la esteatita. Yo me incorporé y me incliné hacia delante. Me la pasó por la espalda, por las zonas a las que yo no llegaba y chisté de dolor cuando la raspó con cuidado por el corte. Debía de ser más grande de lo que yo pensaba. Me había emocionado tanto por matar a mi primer pumarino que perdí cualquier sentido del dolor y solo quería llevarlo a casa.

Después de que la anciana me torturara la espalda, soltó la esteatita de nuevo en la bañera y se marchó.

«Por fin puedo relajarme.»

Volví a apoyar la espalda en la bañera y me deslicé todo lo que pude hacia abajo. El pelo serpenteaba a mi alrededor y me sorprendí y avergoncé un poco al verlo marrón —y no rubio— de lo sucio que estaba. El agua de la bañera tenía un leve tinte rojizo de toda la sangre, así que cerré los ojos y respiré hondo lentamente, dejando que el olor de la margosa y el sándalo me llenaran la nariz.

Los siete días acechando al animal y durmiendo sobre hojas y rocas habían merecido la pena. Se acabaron los días de cazar presas pequeñas como conejos o zarigüeyas y que los hombres me ridiculizaran. Ahora era una cazadora respetada. Por Hades, puede que los hombres incluso me dejaran entrar en el gremio de cazadores.

—¡Vienen los hombres del rey! —gritó una voz de mujer en las termas, y abrí los párpados de golpe, saliendo de mi ensoñación.

¿Los hombres del rey? ¿Estaban preparándose para la guerra o algo así? ¿Por qué si no iban a venir hasta aquí desde Jade City? Lo normal es que nosotros les lleváramos carbón o sándalo para comerciar; ellos nunca venían a nosotros.

Éramos el pueblo sucio y olvidado de Embergate, tolerado pero nunca visitado por el rey, y en el que apenas pensaba. Aquí no había ningún dragontino poderoso que él pudiera llevarse a su ejército ni que le sirviera de absolutamente nada. Éramos un montón de chuchos de raza mestiza.

—¡Escuchad! —dijo la misma persona por las termas, y yo me incorporé, abrí la puerta de paja y la miré.

Kendal. Debí haberlo sospechado. Era la cotilla del pueblo y vivía por y para cualquier noticia, sobre todo si venía de Jade City y concernía al rey dragón. Le gustaba considerarse la pregonera de la aldea. Éramos amigas, pero no me gustaba pasar demasiado tiempo con ella.

Metió la mano en el abrigo, sacó un pergamino que parecía oficial, y lo abrió.

—El rey Valdren busca una nueva esposa que le dé un heredero. —Hizo una pausa para el grito ahogado colectivo que se escuchó por toda la terma, el mío incluido.

Solo había estado casado con la reina Amelia tres inviernos y perdió cuatro hijos con ella antes de que sucumbiera finalmente a la muerte en un parto. Era un rey joven —se casó con mi edad— y ahora solo tenía veintiún inviernos. Su boda fue el motivo por el que viajé a Jade City cuando yo tenía quince; una boda real era un asunto muy emocionante en todo el reino.

Solo hacía un invierno que la reina Amelia había fallecido, y, sin heredero, el rey era vulnerable para la reina de Nightfall, que buscaba hacerse con este reino y purgarlo de la magia de los dragontinos. Era inevitable que buscara una nueva esposa, pero oírlo oficialmente fue impactante.

Kendal carraspeó en un intento de esconder una sonrisa.

—Está llevando a cabo la búsqueda de una nueva reina por todo Embergate...

Los gritos agudos y los chillidos de emoción se reprodu-

jeron por toda la terma y yo no pude evitar reírme de su desesperación. El anuncio no era más que una formalidad, ya que técnicamente formábamos parte del territorio de Embergate.

—Para dar a luz a un heredero —continuó Kendal—, enviará olfateadores a las ciudades y aldeas dentro de las fronteras de Embergate para encontrar a todas las mujeres idóneas con magia lo bastante poderosa para gestar a su hijo. Deben presentarse ante él para la próxima luna llena.

Los gruñidos colectivos de decepción llenaron el espacio.

—¡No va a encontrar a nadie con magia poderosa en Cinder Village! —dijo una de las mujeres más jóvenes, derrotada.

—Ninguna es lo bastante poderosa como para gestar un heredero del rey dragón —coincidió Naomie.

Tenían razón. Lamentablemente, la reina Amelia había muerto porque la magia del rey era demasiado poderosa como para que ella pudiera gestar a su hijo, y he oído que ella era casi mitad dragontina.

Kendal se echó hacia atrás el pelo.

—Yo soy un cuarto dragontina, así que...

La terma estalló en una carcajada y yo tampoco pude evitar hacerlo.

—Corazón, ¿un cuarto? —Naomie negó con la cabeza—. Para que llegase a término un embarazo del hijo del rey dragón tendrías que ser mitad dragontina y estar bendecida por el Creador.

Kendal enrolló rápidamente el pergamino y se lo metió en el bolsillo.

—¡Dejemos que los olfateadores decidan!

Salió de las termas y los cotilleos empezaron a toda máquina.

—Pobre chico... Mira que perder a su mujer y cuatro hijos —dijo alguien.

—¿Por qué no podría gestar a su heredero? Hades, con mis caderas podría darle diez hijos —contó Bertha Beezle.

De pronto, yo me sentí protectora de la difunta reina.

—¡Ella no hizo nada! La magia del rey es demasiado fuerte para las mujeres mortales —solté.

Cualquier ápice de humanidad que la reina tuviera se rompió por la mitad a causa de la magia de sangre pura del rey dragón cuando se puso de parto.

El cotilleo se detuvo de pronto y entonces decidí que era un buen momento para lavarme el pelo y ahogar la charla. Yo había conocido a la reina Amelia; bueno, «conocer» era una mentira, pero la había visto de lejos en mi viaje a Jade City. El rey ya había entrado cuando subí al tejado de la floristería y observé a nuestra nueva reina. Era la mujer más guapa que había visto nunca. Tenía un pelo largo y negro azabache que le caía con gruesos rizos hasta la cintura. Llevaba un vestido con tanto jade que seguro que pesaba tanto como un pumarino. Se decía que el rey Valdren y la reina Amelia habían sido elegidos como la pareja perfecta para impulsar una nueva dinastía de herederos mágicos. Qué cruel puede ser la vida a veces.

Primero, el rey perdió a su padre justo después de casarse, luego sus hijos no llegaron a nacer y después perdió a su mujer junto con su hijo nonato. Eran demasiadas pérdidas que soportar. Así que no le di más vueltas. Esperaba de verdad que encontrara una nueva esposa y tuviera un hijo sano.

Cogí la esteatita y me froté el cuerpo y el pelo con fuerza hasta que se me quedó la piel en carne viva y olía como una botica. Ahora mi pelo había recuperado el color pálido de la seda de maíz y, aparte de algunos moretones y un poco de polvo bajo las uñas que jamás conseguiría limpiarme, tenía un aspecto decente. De pie, me eché encima el último cubo de agua limpia y salí de la bañera. Tras lavarme los dientes

en el pequeño lavabo que tenía Naomie en la pared del fondo de la sala privada, me envolví con lino y quité el tapón. Sin apartar la vista del agua marrón y manchada de sangre que giraba por el desagüe, me sequé rápidamente el pelo con la toalla y me hice una trenza sobre un hombro antes de ponerme mi túnica de algodón azul y unos pantalones blancos.

Por la conmoción que había fuera, supe que la noticia se había extendido rápidamente y toda la aldea cotillearía animada durante semanas, hasta mucho después de que los olfateadores llegaran y se fueran.

Que los hombres del rey vinieran a nuestro pueblo el Día de Mayo era algo muy importante.

—¡Arwen!

La voz de mi madre llegó desde detrás del biombo de paja. Lo aparté y la saludé, pero se me heló la mano en el aire cuando vi su cara pálida. Se me acercó corriendo, me agarró por el antebrazo y se inclinó para susurrarme al oído:

—Tienes que irte ahora mismo. ¡Corre! —susurró.

Yo me reí pensando que sería una broma, pero se apartó de mí y jamás la había visto tan seria.

—¿Qué pasa? —dije.

Miró hacia atrás por encima del hombro, como si intentara decirme que no podíamos hablar aquí, y yo asentí. Todavía tenía el impacto en el cuerpo; mi madre nunca se comportaba así. Era una persona calmada y en muy pocas ocasiones mostraba miedo. Algo no iba bien.

La seguí hasta la salida de las termas, me despedí de Naomie con la mano y una sonrisa y nos dirigimos a nuestra cabaña. Al doblar la esquina en nuestra calle, vi que la blanca carpa de los besos para el Día de Mayo ya estaba montada en mitad del pueblo. De la puerta colgaban guirnaldas rosas y moradas; era pintoresco y romántico. Las chicas jóvenes del pueblo ya estaban entrando.

Yo me detuve.

—Madre, ¿esto no puede esperar? El año pasado ya me lo perdí y... me apetecía mucho... —«dar mi primer beso». No quería decirlo, pero mi madre lo entendió.

Miró la carpa de los besos y puso cara de sorpresa.

—Claro, el Día de Mayo, y el año pasado te lo perdiste porque estabas enferma...

Asentí mientras miraba ansiosa la puerta de la carpa y vi entrar a Nathaniel.

—Mamá, por favor.

Mi madre caminó sobre unas plantas silvestres que habían crecido en frente de la casa de la señora Patties y arrancó unas cuantas flores moradas que me colocó en la trenza.

—Ve, que te den el beso del Día de Mayo y luego vuelve rápidamente a casa. Yo te haré las maletas. —Asintió con la cabeza.

Yo fruncí el ceño. ¿«Las maletas»? Acababa de llegar de una caza de una semana. Me negaba a volver a irme sin haber descansado bien. Pero me había dado permiso para ir a la carpa de los besos, así que no iba a discutir. Al salir apresuradamente del jardín, me acerqué antes al huerto de la señorita Graseen y cogí un brote de menta. Ella asomó la cabeza por la ventana de la cocina y me sonrió.

—¿A la carpa de los besos? —preguntó.

Yo me sonrojé y me metí las hojas de menta en la boca. Las masqué con fuerza para refrescarme el aliento. Aunque me acababa de lavar los dientes, no quería arriesgarme con mi primer beso. La señorita Graseen nos dejaba coger un brote de esto y de aquello y, a cambio, nosotras limpiábamos las malas hierbas y arreglábamos la valla cuando irrumpía algún depredador.

Desanduve mis pasos, lista para entrar en la carpa blanca, cuando escuché un escándalo en la entrada y volví la cabeza.

Una gran procesión de la Guardia Real del rey se estaba abriendo paso y venía en mi dirección. Me quedé helada, alucinada con los caballos y sus armaduras. La luz del sol destellaba en la cresta dorada del dragón que llevaban en sus pechos y, por un momento, me olvidé de la carpa de los besos. Había querido pertenecer a la Guardia Real desde que pude blandir una espada. Por supuesto, aquello no era muy femenino y mi madre me había disuadido, pero nunca perdí ese sueño. Por lo que yo sabía, solo había una mujer en la guardia:

Regina Wayfeather.

Se rumoreaba que era la lideresa de toda la Guardia Real. Quería salir corriendo, comprobar si estaba allí y pedirle tímidamente que tocara mi arco de caza para que me diera buena suerte, pero no podía ignorar que la ventana para conseguir mi primer beso se estaba cerrando. Por no hablar de que mi madre parecía estar de mal humor y que tendría que volver a casa justo después.

Cuando un Guardia Real del rey se apeó de su caballo y empezó a andar hacia la tienda, yo entré. A mis oídos llegó el barullo de las charlas entusiasmadas y mis ojos se fueron hasta el otro lado de la carpa, donde estaban los jóvenes pretendientes. Miré fijamente a Nathaniel y él sonrió, así que le devolví la sonrisa.

—¡Arwen! —gritó Kendal, y me volví hacia la derecha, donde estaban todas las chicas en una fila larga. Todas llevaban sus mejores vestidos e incluso se habían pintado los ojos con lápiz de carbón y los labios con bálsamo de remolacha. Y yo en pantalones de lino y una trenza húmeda que madre había intentado adornar con flores.

Me sentía como una idiota. ¿A quién se le ocurre venir a la carpa de los besos del Día de Mayo en pantalones?

«A una cazadora.»

Mi padre había muerto en pleno invierno. Mientras viva, jamás se me olvidarán los pinchazos de hambre del año siguiente. Los vecinos nos daban alguna limosna de vez en cuando, pero sin un cazador en la familia que hiciera una salida mensual o que trabajara en las minas, habríamos muerto. Aquel año, fabriqué mi primera trampa y empecé a traer a casa presas pequeñas.

El ratino era el animal más bajo en la jerarquía, pero así evitaba que mi madre tuviera que casarse de nuevo de prisa y corriendo para poder llevar comida a la mesa, y permitía que pudiera guardar el luto a mi padre.

Sacudí la cabeza para aclarar mis pensamientos.

La señora Brenna, que era la anfitriona de la tradición del Día de Mayo, caminó hasta el centro de la sala y carraspeó. Brenna era humana y una de las costureras del pueblo. Era la que cosía todos los vestidos de novia, así que el hecho de que consiguiéramos alguna pareja de por vida hoy era por su propio interés. Siempre vestía con preciosos vestidos que le subían los pechos gigantes hasta la mitad de la garganta y distraía a todos los hombres.

—Es muy posible que hoy sea el día en el que conozcáis a vuestra futura esposa —les dijo a los hombres, que recibieron sus palabras con vítores y gritos. Luego se volvió hacia las mujeres—. No os preocupéis: besan mejor a medida que pasa el tiempo.

Todas rompimos a reír nerviosas, y algunos de los hombres gruñeron ante el insulto.

Me coloqué directamente en frente de Nathaniel y me vendaron los ojos.

—No hagáis trampa —dijo Kendal, haciendo un nudo apretado detrás de mi cabeza. Hice un movimiento lento y deliberado para levantarme un poco la venda, pero apareció una mano que golpeó con fuerza la mía.

—Esto está en manos del Creador —me regañó la señora Brenna, y se me hicieron mil nudos en el estómago—. Jóvenes amantes —siguió—, avanzad y besad a la primera persona a la que toquéis.

El sonido de pies torpes me llenó los oídos cuando todos nos tambaleamos hacia delante con los brazos estirados. Yo quería gritar el nombre de Nathaniel, pero habría quedado muy desesperado. Intenté mirar hacia abajo, por si podía reconocer sus botas de alguna forma, pero Kendal me había apretado demasiado la venda. Antes de darme cuenta, me choque con alguien y sus manos me rodearon por la cintura para sujetarme.

El corazón me martilleaba en la garganta. Había llegado el momento. Este sería mi primer beso.

«Por favor, no seas Vernon el sacamocos», le recé al Creador. Estiré los brazos y fui subiendo con los dedos por su pecho hasta encontrarle la cara. Al tocarle, se le heló el cuerpo y yo casi me puse de los nervios. ¿Estaba asustado? Deslicé los dedos sobre la tela hasta que llegué al cuello y luego paré, temerosa de sujetarle la cara.

Sus manos estaban completamente quietas en mi cintura, y yo me pasé la lengua por los labios para humedecerlos. En la carpa de los besos del Día de Mayo, las chicas eran las que daban el primer paso, y podías arrepentirte si no te sentías preparada.

«¿Es Nathaniel?»

¿Quería besarme o salir corriendo?

Corría el rumor de que todos los chicos miraban y la señora Brenna les dejaba ponerse las vendas algo más sueltas. Y el de que, si a un chico le tocaba una chica a la que no quería besar, entonces era un beso casto, parecido al que le podrías dar a tu madre de pequeño. Pero, si le gustabas..., también corría el rumor de que podía poner tu mundo patas arriba.

Yo quería que mi mundo se pusiera patas arriba.

Como mi padre había muerto tan joven, me lanzaron a la vida de la caza, de llevar pantalones y de afilar mi espada. No me malinterpretéis: me gustaba esa vida, pero era difícil que los demás chicos me vieran como una chica besable.

«Quiero que me besen, jolín.»

Se me formó un nudo en la garganta a medida que los nervios se me acumulaban en el estómago. Tragué saliva y me incliné hacia delante antes de perder los nervios del todo. Seguí con los pulgares la línea de la barbilla y noté la barba incipiente y la afilada mandíbula de un hombre que, sin duda, no era Nathaniel.

Me quedé paralizada, en pánico.

Nathaniel aún tenía cara de bebé, sin barba incipiente, y su mandíbula estaba esculpida pero no tanto. Tras notar la mandíbula ancha y la barba de este hombre, me pregunté si debía seguir y tocarle la mejilla. Estaba tan decidida a besar a Nathaniel que, al encontrarme con las pruebas de que no era él, quise retirarme.

Pero entonces él dio el primer paso y rompió la norma sagrada de la carpa del Día de Mayo a medida que sus labios se posaron sobre los míos. Sentí en la piel una pequeña chispa de electricidad y se me escapó un grito ahogado. A él también. Ambos inspiramos la sorpresa del otro. Noté un calor en el abdomen y me incliné hacia delante para profundizar el beso.

Al principio, sus labios me resultaron suaves e inseguros, pero luego se abrieron y yo deslicé mi lengua dentro, que se chocó con la suya, tal y como me había dicho Kendal. A él se le escapó un pequeño gemido y mi mundo empezó a girar mientras una sonrisa me tiraba de la comisura de los labios. Las manos en mi cintura empezaron a moverse en un suave círculo hacia las caderas, mientras su lengua hacía lo mismo dentro de mi boca.

«Creador bendito.»

Ese era el mejor primer beso que cualquier chica podría desear. El estómago me ardía de calor y a mi corazón le crecieron alas que me batían en el pecho. Los cálidos labios acolchados sobre los míos hicieron que todo mi cuerpo gritara exigiendo más.

—¡Bueno, se está caldeando el ambiente! —anunció Brenna entre risas—. ¡Quitaos las vendas y conoced a vuestra pareja, tortolitos!

Él apartó de mí todo a la vez: los labios, las manos, el calor, las mariposas. Fue como si me hubieran sumergido en un baño de hielo. Levanté las manos para arrancarme frenética la venda y me encontré cara a cara con la parte de atrás de la carpa blanca.

«Se había ido.»

Sentí un dolor en el pecho. Se me tensó la garganta cuando carraspeé para tratar de no mostrar emociones, pero me sentía como si me acabaran de dejar tirada en el altar. No salías corriendo el Día de Mayo a no ser que pensaras que el beso había sido horrible y no quisieras volver a ver a tu pareja.

Miré hacia la izquierda y el agujero en mi pecho se hizo aún más grande. Nathaniel estaba sonriendo a una sonrojada Ruby Ronaldson. Su pelo negro azabache caía con suaves ondas sobre su vestido de seda verde. Ruby era pastelera. Era femenina, usaba vestidos y sabía cocinar: la esposa perfecta, y todo lo que yo no era.

Las lágrimas me nublaron la vista, pero parpadeé para evitar que cayeran. No quería seguir allí; era una estupidez.

Me di la vuelta, me escabullí por la abertura lateral de la carpa y fui en busca de mi madre.

Antes parecía muy asustada, y ahora me vendría bien cualquier cosa que quisiera decirme para distraerme. Lo que fuera para olvidar ese beso que había cambiado mi mundo y aquella dolorosa despedida.